

Paloma Villegas



*La luz oblicua*

NOVELA



Ediciones Era

Han pasado quince años desde que Julio y Anna llegaron a México. Ellos dos irrumpieron en mi mundo entonces y me cambiaron la vida. Aunque hace tiempo que nos alejamos y ya no sé casi nada de ellos, yo los sigo queriendo. En cierta forma, a pesar de todo, los sigo considerando personas maravillosas. Por lo menos, lo fueron durante un tiempo, cuando creían ser dueños de su destino y que todos lo éramos. Sin embargo, al final era como el juego de los encantados: sólo nos tocábamos para paralizarnos. Las palabras que intercambiábamos ya no transmitían impulso ni deseos. Lo que decíamos y pensábamos unos de otros sólo servía para detenernos. Así que nos fuimos separando subrepticamente. No rompimos ni nos peleamos, pero nos apartamos, cada uno a su propia historia, a poner a salvo lo que le interesaba o a contarse el cuento de que su vida seguía adelante. A veces pienso que me salvé de milagro, tal vez por haberme jugado menos. Otras veces me parece que se lo debo a ellos. Aprendí en cabeza ajena, al ver lo que les sucedía. Es curioso que ahora hable de ambos en los mismos términos, porque sus vidas siguieron caminos enteramente distintos y ellos mismos eran muy diferentes.

Julio y Anna llegaron a México en la primavera de 1976. Yo me enteré por Ángela. Recuerdo con toda nitidez esa tarde, el sol que entraba a los pasillos desnudos de la Facultad por los anchos balcones de cemento, y la falda revoloteante de Ángela.

— ¡Adela! — me gritó ella, que subía las escaleras corriendo —, ¡me acabo de encontrar a Julio, allá abajo! Acaba de llegar y viene a quedarse. Está viendo si hay modo de dar clases o de entrar al Instituto.

— Yo pensé que ya no regresaba...

— Pues se trajo mujer e hijos. Está viviendo por Copilco. Su

mujer es alemana. Dice que hace una fiesta el sábado. En casa de su hermana. Me encargó que les dijera a los cuates...

—¿Cuántos años estuvo fuera?

—Seis años, dice. Vamos a la fiesta ¿no?

—Yo no era muy amiga de él...

—Dice que quiere ver a la gente. Mencionó a Alejandra, a Rafael, a ti...

—¿Cómo está?

—Se ve contento. Dice que está feliz de regresar y que le fue bien. Se ve más tranquilo. Como que se asentó. Ya verás. Te trata como si él fuera tu tío y tú fueras una niña... Bueno, luego te hablo, ya se me hizo bien tarde.

Creo que fue la noche siguiente cuando Carlos, mi esposo, y yo cenamos en casa de Rafael y Alejandra. Ellos también habían visto a Julio.

—Huy, no veas —dijo Alejandra—. Viene en plan de comerse el mundo, muy seguro de que va a conseguir una buena plaza. Como si aquí no hubiéramos hecho otra cosa que esperar su regreso.

—¿Quién es ese Julio? —preguntó Carlos. Él no lo conocía porque había estudiado en Monterrey; cuando empezamos a andar juntos, Julio ya estaba en Alemania.

Le explicamos que Julio había sido compañero nuestro en la Facultad y había estado con nosotros en el movimiento de 68. Pero él acabó la carrera a marchas forzadas, antes que los demás, al año siguiente, desentendiéndose del desgano que se apoderó de casi todos por esas fechas, y se fue.

—¿Y qué? —preguntó Carlos—, ¿no lo quieren?

—Bueno, no sé. Son muchos años —dijo Alejandra—. Creo que no me cayó muy bien el otro día.

—La gente se afantasma —dijo Rafael—. Uno cambia, el otro también.

—Ay, mira —dijo Alejandra—, yo argentinos que vienen huyendo o europeos todos ingenuos que quieren descubrir el tercer mundo, todavía. Pero mexicanos apedantados en las Europas, no.

—¿Qué viene muy pedante? —pregunté yo.

— Sí, un poco, sí. Como muy satisfecho, con mucho empaque. Muy seguro de que uno también se va a alegrar de verlo y va a estar dispuesto a dejar todo para... Ya nos quería llevar a comer a su casa.

— Eso no es de pedantes — dijo Carlos.

— No, pero despacito ¿eh? — dijo Alejandra pidiendo calma, con la mano abierta, a un Julio imaginario.

— Bueno — disculpó Carlos que siempre decía que Alejandra era muy seca —, si está llegando después de varios años y quiere ver a sus cuates...

— Exacto, es que son seis años. Han pasado muchas cosas aquí, a uno le han pasado muchas cosas. Hay que ver... Quién sabe si nos vamos a caer bien. Hay que dar tiempo a la gente. Ése cree que es nomás llegar y aquí está por quien lloraban y se acabó.

— Pobre tipo. Ha de venir con su añoranza.

— No, Carlos. Es que tú no lo conoces — intervino Rafael—. Siempre fue engreído.

— Es inteligente — dije yo, que también pensaba que Alejandra era muy severa y siempre estaba juzgando.

— Sí, sí — dijo ella—. Pero es que primero lo ves y luego me dices. Viene tan alegre. Muy campechano, ¿no? Como qué maravilla todo y qué bien volvernos a ver... Y pues, la cosa es que se fue en el momento más duro.

Así fue la llegada de Julio a México, nada fácil.

Él sin embargo no se dio por enterado de ninguna mala voluntad. Había vuelto con ganas, contento y decidido a que su regreso no resultara un error. Organizó una gran fiesta, a la que invitó a todos sus viejos compañeros y a cuanta gente encontró en los días previos rondando por la Facultad, jóvenes profesores o estudiantes de posgrado a quienes apenas conocía de vista. A pesar de su empeño, la fiesta no le sirvió para tomar contacto.

Acudió mucha gente, pero no muy variada. Nuestro núcleo imantó a todos los demás asistentes e impuso su ritmo, sus jerarquías, su estilo de diversión y sus temas. Nos conocíamos íntimamente y nos seguíamos de cerca unos a otros, unidos por

complicidades y confidencias, aspiraciones e intereses comunes. Habíamos incorporado nuevos conocidos, algunos extranjeros, pero lo habíamos hecho con cautela y por unanimidad, sin perder cohesión.

Todos en aquella fiesta éramos jóvenes y teníamos por conquista un considerable desdén de la cortesía, de manera que no hicimos esa noche más que utilizar a gusto la casa que Julio había pedido prestada a su hermana para agasajarnos: nos reunimos entre nosotros, nos escuchamos, bailamos, nos repetimos, nos atendimos a nosotros mismos, sin hacerles ni a él ni a su mujer el más mínimo caso.

Esa noche, Anna no nos pareció especialmente interesante. Vimos por su físico y por sus gestos que era extranjera, como ya sabíamos, y no vimos casi nada más. Sin duda incómoda en casa de la cuñada, trabajó mucho y probablemente no disfrutó ni un minuto, pero nadie se enteró. Julio se esforzó cuanto pudo, se mostró cariñoso y sencillo, esbozó recuerdos comunes que no tuvieron eco, ensayó cautelosas preguntas, hizo tentativas de provocación sin resultado. Ya vencido, se armó de hospitalaria paciencia frente a la diversión excluyente y los impenetrables sobrentendidos de sus invitados.

Yo ni siquiera hablé con él. Pero hubo un momento, un incidente, que en los días posteriores volvía y volvía a mi memoria con insistencia, aunque no tuvo la menor importancia. Alguien había puesto un tango en el tocadiscos, ya hacia el final de la noche. Había varios argentinos, y dos o tres parejas se pusieron a bailar. Julio venía de la cocina con una cazuela llena de más hielo. Me vio apoyada en la pared, momentáneamente sola, mirando a los que bailaban. Dejó la cazuela en la mesa baja alrededor de la cual hablaban siete u ocho personas que no lo advirtieron, y vino hacia mí. Sonrió, me miró muy de cerca, puso la mano en mi cintura y dio un paso atrás, sin soltarme y sin intentar atraerme hacia él, ofreciéndome su otra mano para que yo pusiera la mía, invitándome al baile. Su gesto me pareció extraordinariamente elegante, lleno de gracia o, como se decía antes, de garbo. En su sonrisa había una rara complicidad: la que habría podido haber si, digamos, unos minutos antes él y

yo hubiéramos estado hablando de cómo se baila un tango, o si él y yo alguna vez hubiéramos bailado algo, aunque no fuera un tango. Pero ni habíamos cruzado directamente una palabra en toda la noche, ni yo recordaba haber bailado con él jamás.

Yo me aturdí. Busqué dónde dejar el vaso de plástico que tenía, me cambié de mano el cigarrillo y, por fin, con retraso, puse mi mano en la suya y me acerqué a él. De inmediato, su brazo me ciñó totalmente, su pecho y sus caderas se pegaron por entero a los míos, lo que me tomó por sorpresa a pesar de que todos estaban bailando así, exagerando y haciendo teatro. Julio me sostuvo en la misma posición unos instantes, como esperando el compás, me hizo oscilar a un lado y a otro y luego, con la pierna pegada de arriba abajo a la mía, me empujó hacia su derecha; se separó de mí un momento; retrocediendo, me obligó a avanzar hacia él, vino hacia mí, una rodilla entre las mías; volvió a ceñirme, su barba contra mi cara, y me llevó, cuatro o cinco largos pasos, hacia la izquierda. Entonces, se acabó la pieza. Él se apartó de mí, sin soltarme aún. Me miró sonriendo de nuevo, pero ahora más curioso que cómplice, o más bien sin complicidad ninguna sino con apreciativa sorpresa, y dijo: "Sigues muy bien..."

Alguien cambió el disco, hubo protestas, llamaron a Julio junto al tocadiscos, no pusieron más tangos y la escena terminó, o más bien, ahí terminaba mi recuerdo de ella, mi muy repetido recuerdo, en el que siempre se prolongaba interminablemente el momento inicial, cuando yo me demoré, antes de aceptar su invitación, mientras sus dedos aguardaban en mi cintura, quietos, sin jalar ni presionar, firmes, y sus hombros me enfrentaban. Y también se alargaban en el recuerdo los segundos que tardé en entender que "sigues muy bien" no quería decir que yo seguía estando bien de salud o hermosa, sino que era un elogio a mi manera de plegarme a sus movimientos en el baile, de seguirlo, como el tango exige. Ese breve malentendido y la falta de una respuesta mía me dolían y me avergonzaban, qué tontería, en cada vuelta de la escena por mi memoria.

Como un mes después de la fiesta, Carlos y yo habíamos ido al cine con Rafael y Alejandra, Ángela y el gringo con el que